

10 AUG 1969

CELADE

CENTRO LATINOAMERICANO DE DEMOGRAFIA

Santiago Gaslonde Sainz

4267

Serie A, N° 93.
Agosto, 1969.
350.

EL CRECIMIENTO DE LA POBLACION Y
SUS REPERCUSIONES SOBRE EL DESARROLLO SOCIAL,
ECONOMICO Y CULTURAL

BIBLIOTECA "GIUSEPPE BERTADA"
CENTRO LATINOAMERICANO
DE DEMOGRAFIA

Las opiniones y datos que figuran en este trabajo son responsabilidad del autor, sin que el Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE) sea necesariamente participe de ellos.

I N D I C E

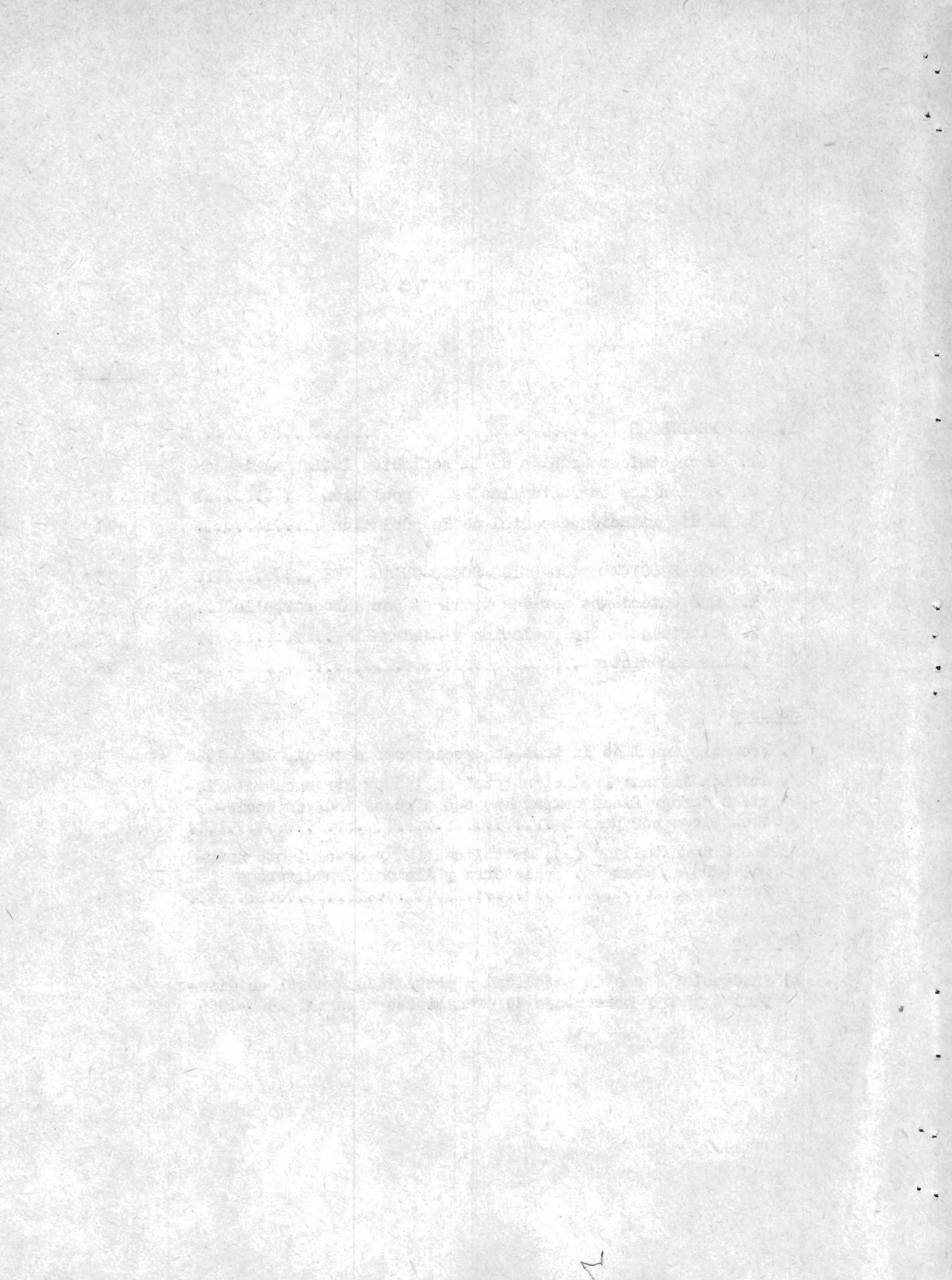
	<u>Página</u>
I. LOS PROBLEMAS	2
1. El crecimiento rápido de la población latinoamericana	2
2. Los cambios estructurales de la población	10
3. La distribución espacial de la población	11
II. LAS REPERCUSIONES ECONOMICO-SOCIO-CULTURALES	13
1. ¿Qué entendemos por desarrollo y por subdesarrollo? ..	15
2. Relaciones entre población y desarrollo	17
3. Los humanistas	28

Cuadros

1. Promedio anual de la tasa de crecimiento natural, 1950-1960	3
2. América Latina: Población total en 1968 y otras características demográficas comparadas con algunos índices socio-económicos por países	5
3. Tasas de natalidad (N), mortalidad (M) y crecimiento natural (CN) en Francia, Inglaterra y Alemania en diversas fechas	8

Gráfico

1. Venezuela: Tasas de natalidad y mortalidad general en diferentes años y porcentaje de crecimiento natural, 1905-1965	6
---	---



Dentro del tema: crecimiento de la población y su influencia sobre el desarrollo social, económico y cultural, han de ser tratados otros puntos más circunscritos y, en consecuencia, más especializados.

El tema que hemos de exponer a grandes rasgos es sumamente controvertido. Existe un problema, cual es el del crecimiento acelerado de la población en la mayoría de los países latinoamericanos. Mejor dicho: existen varios problemas relacionados directa o indirectamente con el crecimiento de la población. En esto no hay controversia: todo el mundo, o casi todo el mundo, reconoce que existen esos problemas. Las discrepancias comienzan cuando se trata de analizar sus repercusiones sobre el desarrollo socio-económico-cultural, y se exacerban las posiciones opuestas a la hora de enfocar las posibles soluciones aplicables a los problemas identificados y descritos.

Cada quien tiende a opinar de acuerdo con una actitud que se estructura menos como resultado de los conocimientos adquiridos, y más como reflejo de su propia filosofía; es decir, de su concepto del mundo, de sus ideas políticas y a menudo también confesionales. Es, pues, sumamente difícil colocarse, al discutir tópicos como los que nos ocupan, en una posición estrictamente neutral, químicamente neutra, y nosotros, aunque lo intentemos, no lo vamos a lograr. En consecuencia, debemos advertir que las opiniones emitidas en esta exposición son personales y no deben generalizarse con las del Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE).

Dicho esto, procedamos. Lo haremos en tres partes: expondremos los problemas, luego veremos sus repercusiones, y, finalmente, estudiaremos las posibles soluciones.

I. LOS PROBLEMAS

1. El crecimiento rápido de la población latinoamericana

No deseamos abusar de la paciencia de nuestros lectores presentando la profusión de cuadros estadísticos que suele acompañar toda exposición sobre el tópico, y vamos a procurar señalar tan solo lo indispensable para situar el problema.

Todos sabemos que las variaciones en el número de habitantes de un país obedecen al juego de tres factores o variables, cuales son:

- a) La natalidad.
- b) La mortalidad.
- c) Las migraciones.

Si consideramos los países latinoamericanos, nuestra exposición no irá más allá de éstos, y si los estudiamos como un todo desde el punto de vista que nos interesa, la población, nos percatamos que la variable "migración" desempeña un papel muy secundario. Existen migraciones de habitantes de un país latinoamericano a otro, verbigracia de chilenos hacia la Argentina, de uruguayos hacia este mismo país, de colombianos hacia el occidente venezolano, de salvadoreños hacia Honduras (al menos, hasta la iniciación del actual conflicto) y otras más, de poca monta. Pero la gran inmigración africana y europea hacia este continente ha terminado. Aquélla, la promovida por los traficantes de carne negra, se acabó en el pasado siglo y ésta, mucho más recientemente con los últimos emigrantes europeos que llegaron a costas latinoamericanas en los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial. En la actualidad, los migrantes europeos se desplazan de país a país en la misma Europa o parten hacia países anglosajones. Podemos, pues, prescindir del factor migratorio y atenernos solamente al estudio de las otras dos variables: la natalidad y la mortalidad, cuya diferencia, positiva casi siempre en todas partes cuando no intervienen cataclismos de gran envergadura, es llamada "crecimiento natural".

El crecimiento natural, el saldo entre los que nacen y los que mueren en un año en determinado país o región es, pues, la medida que nos permite apreciar si el incremento de la población es fuerte o débil en comparación con otros países o regiones.

Cuadro 1

PROMEDIO ANUAL DE LA TASA DE CRECIMIENTO NATURAL, 1950-1960
(Por cien habitantes)

MUNDO, TOTAL	1,7
<u>Áreas más desarrolladas</u>	1,3
Europa	0,8
U.R.S.S.	1,7
Norteamérica	1,8
Oceanía	2,1
<u>Áreas menos desarrolladas</u>	1,9
Asia Oriental	1,5
Asia del Sur	2,1
África	2,1
Latinoamérica ^{a/}	2,9

Fuente: Miró, Carmen A.: Aspectos demográficos de América Latina, Conferencia Panamericana sobre Enseñanza de la Demografía en las Facultades de Medicina. Bogotá, 1968. CELADE, Serie A, N° 88, Santiago de Chile.

a/ Estimada para el año 1968 (CELADE).

Vamos a proceder a una primera comparación (véase el cuadro 1), la cual nos muestra que los países pertenecientes a las llamadas "áreas más desarrolladas" presentan una natalidad y una mortalidad bajas. En consecuencia, la diferencia, o sea el crecimiento, resulta modesto.

Los países de las "áreas menos desarrolladas" suelen tener tasas de natalidad y de mortalidad altas, tanto ésta como aquella, y el resultado es, también, un crecimiento moderado. Salvo en Latinoamérica, donde es alta la natalidad, baja la mortalidad y, por lo tanto, es considerable la diferencia: el crecimiento natural.

En el primer grupo mencionado, las tasas de natalidad oscilan, según los países, entre 13,9 nacimientos por 1 000 habitantes en Suecia (1961) y 23,6 nacimientos en Portugal, y las tasas de mortalidad, entre 7,6 fallecidos por 1 000 habitantes en Holanda (1964) y 12,9 muertos en Bélgica (1960). El crecimiento natural fluctúa entre el extremo menor: 4 por mil en Bélgica, y el mayor: 13,6 por mil en Yugoslavia. Esto, en cuanto a Europa, y para los años 1960-61. En los Estados Unidos, para esos años, el crecimiento natural fue de 14,1 por mil. En ningún caso, pues, alcanzó a 15 por mil el crecimiento en los países desarrollados.

En Latinoamérica las cifras son muy dispares, como lo podemos apreciar en el cuadro 2 que nos servirá para ilustrar algunos puntos en lo sucesivo. Carmen A. Miró, que lo estructuró, clasifica a los países según cuatro tipos: el primero compuesto por países con natalidad, mortalidad y crecimiento bajos, muy similares en sus tasas a los países desarrollados. Al otro extremo, el tipo cuarto con alta natalidad y baja mortalidad, fuerte crecimiento natural, donde tiene cabida la mayoría de los países latinoamericanos e influye decisivamente en el aspecto demográfico de todo el continente. El tipo segundo, el de Chile, está a medio camino en la evolución hacia bajas tasas de natalidad; y el tipo tercero, muy parecido al grupo que mencionamos más arriba, los muy "subdesarrollados", o menos desarrollados si así se quiere decir, con natalidad y mortalidad alta lo que, por razones diferentes, les da un crecimiento natural similar al grupo de Chile y Cuba. Para el conjunto de los países, un crecimiento de población doble del observado en el país desarrollado con mayor crecimiento.

Al destinar mayores recursos económicos y humanos a la salud y aumentar en casi todos los países la cobertura de servicios médicos, comenzaron a bajar las tasas de mortalidad por otras causas menos ligadas al agresivo medio ambiente, hasta lograr la baja mortalidad de nuestros días.

Mientras venía menguando aceleradamente, y en forma espectacular, la mortalidad en nuestros países, no sucedía lo mismo con las tasas de natalidad. Por lo contrario, en muchos de ellos, las condiciones sanitarias más favorables propiciaron un aumento de la fecundidad,^{1/} reforzado por la prolongación de la vida de las mujeres fértiles y, de manera directa e indirecta, por la disminución de la mortalidad infantil prenatal y de los primeros meses de vida.

^{1/} Gabaldón, que dirigió en Venezuela la campaña antimalárica iniciada el 2 de diciembre de 1945, con insecticidas residuales (D.D.T.), constató el aumento de la natalidad en las zonas liberadas del paludismo.

CUADRO 2

AMERICA LATINA: POBLACION TOTAL EN 1968 Y OTRAS CARACTERISTICAS DEMOGRAFICAS COMPARADAS
CON ALGUNOS INDICES SOCIO-ECONOMICOS POR PAISES

PAIS	POBLACION TOTAL EN 1968 (EN MILES) A/	TASAS 1960-65 (POR MIL) ^{B/}			PORCENTAJE DE MENORES DE 15 AÑOS 1960 A/	PORCENTAJE DE URBANI- ZACION 1960 C/	PORCENTA- JE DE ANALFA- BETOS 15 AÑOS Y MÁS ALRE- DEDOR 1960 D/	PORCENTA- JE DE HOMBRES EN ACTIVI- DADES PRIMARIAS 1960 D/	INGRESO REAL PER CÁPI- TA EN US\$ 1961 E/
		NATA- LIDAD	MORTA- LIDAD	CRECI- MIENTO NATURAL					
TOTAL	258 203	40-42	11-13	28-30					
TIPO I									
ARGENTINA	23 378	22-23	8-9	14-15	31,0	57,5	8,6	23,6	799,0
URUGUAY	2 818	22-23	8-9	13-14	28,3	61,3	9,7	25,0	560,9
TIPO II									
CHILE	9 473	36-37	11-12	24-25	39,9	54,7	16,4	39,2	452,9
CUBA	8 019	34-36	8-9	25-28	36,1	45,3	22,1	47,4	516,0
TIPO III									
HAITI	4 996	45-49	21-24	21-26	42,0	5,1	89,35	86,6	149,2
BOLIVIA	4 498	43-45	20-22	23-25	41,9	19,6	67,95	74,3	122,3
TIPO IV									
BRASIL	88 212	41-43	10-12	29-31	42,6	28,1	39,4	65,8	374,6
MÉXICO	47 287	44-45	10-11	33-35	45,6	29,6	34,6	60,3	415,4
COLOMBIA	19 691	43-45	11-13	32-34	46,6	29,2	27,1	56,3	373,4
PERÚ	12 772	43-45	12-14	30-32	44,5	28,3	39,5	57,4	268,5
VENEZUELA	9 689	42-44	9-10	32-34	45,6	45,9	33,5	40,3	644,5
ECUADOR	5 699	47-50	13-15	32-35	46,6	25,4	32,7	63,9	222,7
GUATEMALA	4 983	45-47	18-20	25-28	45,6	14,3	62,1	72,7	257,7
REPÚBLICA									
DOMINICANA	3 984	47-50	15-17	31-34	45,8	18,7	35,5	85,3	313,2
EL SALVADOR	3 216	47-49	15-17	31-33	45,4	17,2	51,0	71,4	267,5
HONDURAS	2 425	49-51	17-19	31-33	47,6	11,2	55,0	76,3	251,7
PARAGUAY	2 230	42-45	12-14	28-32	46,8	16,7	25,5	64,3	193,2
NICARAGUA	1 902	45-47	17-19	27-29	46,8	21,1	50,2	71,8	288,4
COSTA RICA	1 671	45-47	8-9	37-38	47,2	23,4	15,7	57,7	361,6
PANAMÁ	1 320	41-43	10-12	30-32	43,5	33,1	23,3	57,1	371,0

FUENTE: MIRÓ, CARMEN A.: Op. CIT.

A/ CELADE: BOLETÍN DEMOGRÁFICO, AÑO 1, VOL. I, ENERO, 1968, SANTIAGO, CHILE.

B/ ESTIMACIONES HECHAS EN CELADE.

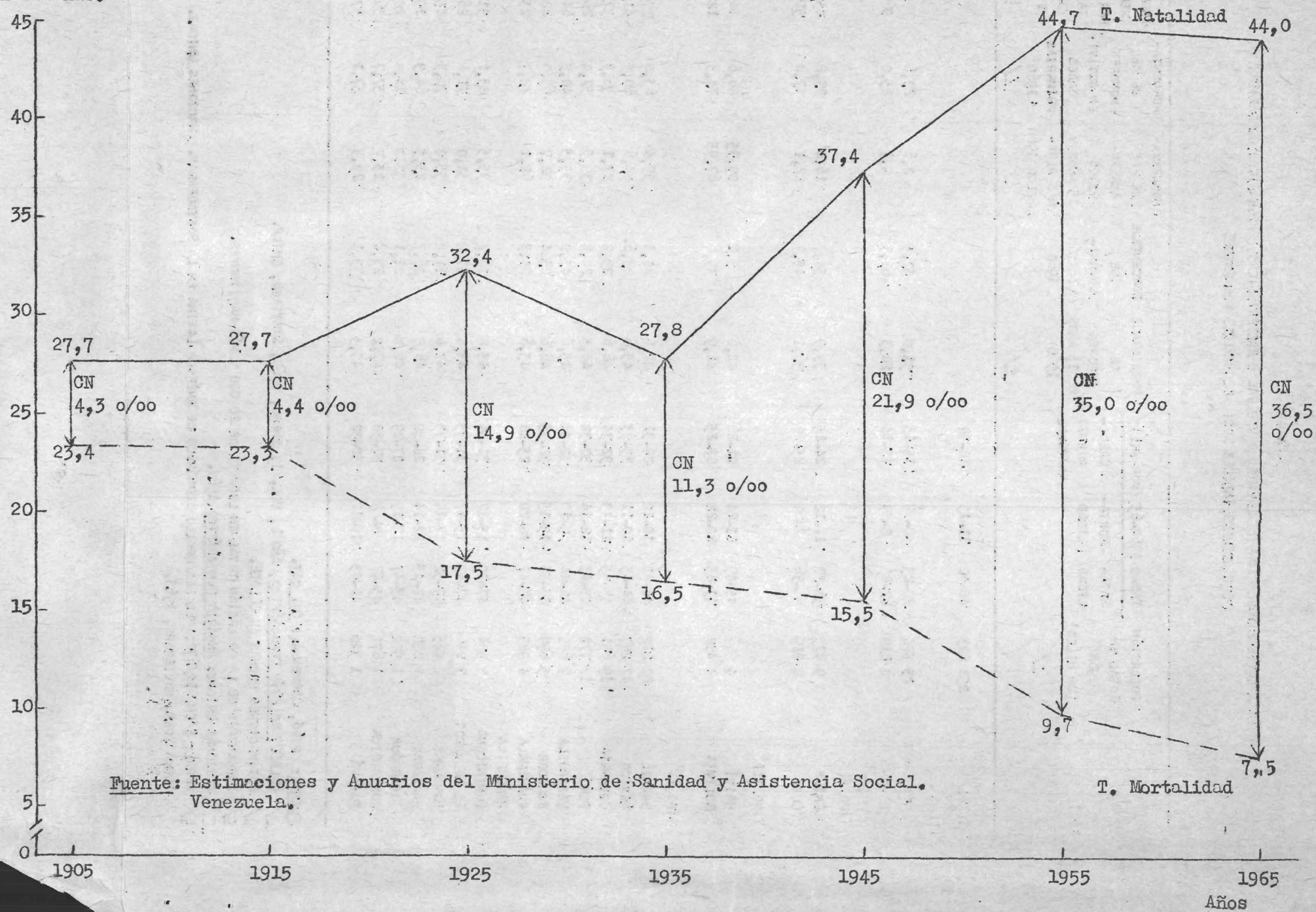
C/ PORCENTAJE DE LA POBLACION TOTAL EN LUGARES DE 20 000 Y MÁS HABITANTES.

D/ NACIONES UNIDAS: ANUARIO DEMOGRÁFICO, 1964.

E/ CEPAL: E/CN. 12/672: "EL DESARROLLO ECONÓMICO DE AMÉRICA LATINA EN LA POSTGUERRA". NACIONES UNIDAS. NUEVA YORK, NOVIEMBRE, 1963.

Tasas por
1 000 hab.

VENEZUELA: TASAS DE NATALIDAD Y MORTALIDAD GENERAL EN DIFERENTES AÑOS Y
PORCENTAJE DE CRECIMIENTO NATURAL, 1905-1965



Fuente: Estimaciones y Anuarios del Ministerio de Sanidad y Asistencia Social.
Venezuela.

T. Mortalidad

T. Natalidad

19

Y así se produjo en estos últimos veinte años, el fenómeno que se ilustra en el gráfico 1. Aunque trate tan sólo de Venezuela, podemos admitir que representa bastante bien -con pequeñas variaciones- lo que aconteció en la América Latina Tropical en el último cuarto de siglo. Las dos curvas de natalidad y mortalidad a manera de las dos hojas de una tijera, se "abren" marcadamente a partir del año 45, dejando entre ellas un espacio progresivamente más importante, el que representa precisamente el crecimiento natural de la población.

No sucedió lo mismo en los países desarrollados europeos (véase el cuadro 3). Allí, bajaron proporcionalmente con la misma fuerza las dos variables. Comenzó la disminución de la fecundidad primero en Francia, a comienzos del pasado siglo, y prosiguió con suavidad luego. Tardó más tiempo en iniciarse en Inglaterra, pero se aceleró el proceso para alcanzar en cuarenta años el nivel que Francia había tardado cien años más en lograr. En ambos casos, empero, en ningún momento, para ninguna de las naciones europeas, sobrepasó la tasa de crecimiento los moderados límites que ya mencionamos.

¿A qué se deben esas diferencias tan notables entre unos países y otros?
¿Por qué ese crecimiento rápido de la población en este continente?

Aunque, como dijo Hernán Romero^{2/} "empalaga explicar el mecanismo del fenómeno que hasta el vulgo conoce", es preciso, para los fines que nos ocupan y exigen de nosotros, ver claro las causas para deducir claramente también las repercusiones y adelantar posibles soluciones, recalcar las circunstancias que ocasionaron ese fenómeno y siguen actuando en su producción.

Hasta mediados del presente siglo, casi todas las naciones latinoamericanas hubieran formado, en el cuadro que acabamos de contemplar, una larga lista conjuntamente con las dos que figuran en el tipo tres, el de altas tasas tanto de natalidad como de mortalidad y, consecuentemente, de crecimiento natural moderado. Esta era la situación cuando terminó la Segunda Guerra Mundial, y se intensificaron los esfuerzos para combatir las principales causas de muerte en nuestro continente. Algo se había intentado antes, desde luego, y se habían fundado organismos de Salud Pública con ese fin en algunos países, con los que vino a colaborar, a partir de 1916, la Fundación Rockefeller en la lucha contra los flagelos (en particular la fiebre amarilla y el paludismo) que azotaban

^{2/} Disertación presentada en la Conferencia Latinoamericana sobre la Infancia y la Juventud en el Desarrollo Nacional, 1965.

Cuadro 3

TASAS DE NATALIDAD (N), MORTALIDAD (M) Y CRECIMIENTO NATURAL (CN)
 EN FRANCIA, INGLATERRA Y ALEMANIA EN DIVERSAS FECHAS
 (Por 1 000 habitantes)

País	1800			1850			1900			1950			Observaciones
	N	M	CN	N	M	CN	N	M	CN	N	M	CN	
Francia	32	28	4	27	23	4	22	21	4	21	12,6	8,4	En 1934/36: N = 14,6 M = 15,6 CN = - 1
Inglaterra	37,3	26,9	10,4	32,6	22,4	10,2	29,9	18,2	11,7	16	11,5	4,5	
Alemania	-	-	-	35,5	27,4	8,1	35,2	20,5	14,7	16,2	10,3	5,9	En 1950: Alemania Occidental

Fuente: Beaujen-Garnier, J.: "Géographie de la Population".

las regiones donde tenían cuantiosas inversiones los capitalistas norteamericanos. Pero realmente se duplicaron las acciones a partir del año 1945 con programas de saneamiento ambiental, el uso masivo de insecticidas, la realización de grandes campañas de vacunación y la introducción de los antibióticos en gran escala, tanto en la medicina individual como para el tratamiento multitudinario de extendidas lacras sanitarias y sociales. El resultado fue una baja espectacular de las tasas de mortalidad por las causas específicas que más influyen en la mortalidad general; es decir, por las enfermedades infecto-contagiosas. Luego, nos es fácil entender el por qué de esa disociación observada en Iatinoamérica, y no en los países desarrollados, entre la natalidad y la mortalidad.

Para decirlo con las palabras de Eliseo López^{3/} "la natalidad en todos los pueblos es el producto de una satisfacción, el resultado de una aspiración realizada ... La mortalidad, en cambio ... no constituye una aspiración, sino el fin de toda aspiración. Por ello, todos los pueblos tratan, hasta lo último, de evitarla. La mortalidad, en un país, cualquiera que sea su grado de desarrollo, puede seguir una evolución completamente diferente a la de la natalidad ... Basta con que se pongan al alcance de una colectividad, diezmada constantemente por ciertas causas de muerte, medios más eficaces de combatirla, para que todos, pobres y ricos, letrados e iletrados, se apresuren a utilizarlos. No sucede así con la natalidad. En una población donde las familias se caracterizan por tener un número elevado de hijos, no basta con poner a su disposición ciertas técnicas y métodos para evitarlos, para que todos adopten su empleo. Unos los aceptarán, otros los rechazarán y muchos los verán con indiferencia. La suerte de la natalidad depende, entonces, de la actitud de la mayoría de la población. Y la actitud de esa mayoría ... depende, a su vez, de ciertas características de la estructura socio-económica de la población".

La caída de la mortalidad fue el resultado de la aplicación de técnicas elaboradas en los países más adelantados, del uso, por técnicos de estos países o formados en éstos, de agentes eficaces -vacunas, productos químicos, antibióticos, etc.- para combatir los males en los países subdesarrollados, independientemente en gran parte de su desarrollo económico-socio-cultural, y siempre con el beneplácito de la población beneficiaria.

^{3/} López, José Eliseo: "La Expansión Demográfica de Venezuela". U.L.A. Mérida, 1963.

La natalidad se ha mantenido importante, salvo en los países de la América Latina Templada fuertemente saturados por una masiva y aún reciente inmigración europea que trajo consigo su actitud y escala de valores, porque depende, además de factores involuntarios, precisamente de esa actitud, de la escala de valores atribuidos a la familia y a los hijos, a las oportunidades de movilidad social, al deseo de educación y al espíritu de ahorro que imperen en nuestras sociedades y no pueden ni ser impuestas, ni cambiadas en breve plazo.

"El hombre miserable sólo tiene un poder: el de engedrar; una propiedad: sus hijos". Esta frase, del gran demógrafo francés Alfred Sauvy, puede aplicarse en nuestro medio. Corresponde a la escala de valores de quien nada tiene, y aún piensa que nada puede tener, del que nada ambiciona porque a él no llega el efecto de demostración ni percibe permeabilidad social alguna. A este hombre, aún mayoritario en nuestras zonas rurales y en los cinturones de miseria de nuestras grandes urbes, no se le puede pedir que cambie, de un día para otro, su limitada escala de valores. Y por eso siguen siendo altas las tasas de fecundidad de muchos países latinoamericanos.

2. Los cambios estructurales de la población

Según la importancia relativa en la población de los grupos de mayor edad, de los grupos de edad adulta o de los jóvenes, se habla de países "viejos", "intermedios" o "jóvenes".

En los países desarrollados, el porcentaje de la población con edad de 60 y más años es, en todos ellos, superior al 10 por ciento. En algunos, sobrepasa el 16 por ciento. Por lo contrario, los jóvenes (menores de 20 años), no alcanzan el 40 por ciento, y en algunos apenas llegan al 30 por ciento.

Frente a esto, en los países subdesarrollados, la mitad aproximadamente de la población tiene menos de 20 años. En algunos países de la faja tropical latinoamericana, los jóvenes de 0 a 19 años representan el 52 por ciento de la población, los niños de 0 a 14 años el 48 por ciento, y el 25 por ciento de todos los habitantes -uno de cuatro- tiene menos de 7 años.

Esta "juventud" de la población en la mayoría de los países latinoamericanos no obedece a la disminución de la mortalidad, la cual afectó casi por igual a viejos y jóvenes, sino a la fuerte fecundidad prolongada en el tiempo. De la misma manera que la baja fecundidad -y no la disminución de la mortalidad- ocasionó la "vejentud" de los pueblos desarrollados.

Las consecuencias directas de esa estructura excesivamente joven son de todos conocidas; un alto porcentaje de población económicamente inactiva y una fortísima demanda de servicios educativos, entre las más importantes.

3. La distribución espacial de la población

Nuestras poblaciones no se reparten uniformemente a lo largo y ancho de los territorios nacionales, y ocupan tan sólo una exigua parte de ellos. Se agrupan en núcleos, como es el caso en las altas planicies de México, en Costa Rica, en el Ecuador; en nebulosas, como ocurre en los valles chilenos desde Copiapó hasta Valdivia, en las zonas costeras desde la desembocadura del Plata hasta Belem en Brasil, y luego desde el golfo de Paria, en Venezuela, hasta Arequipa. Quedan inmensos territorios vacíos de habitantes: todo el centro selvático del continente, y al sur el triángulo formado al norte por la línea Buenos Aires-Valdivia y el vértice Antártico. También algunas costas y zonas áridas e inhospitalarias,

Este marginalismo geográfico, la concentración de la población en estrechas fajas de terreno, no deja de crear problemas de todo tipo, entre los cuales resaltan los que plantean el abastecimiento de agua potable y la eliminación de excretas y desperdicios en zonas exiguas en extensión pero densamente pobladas.

Acompaña a ese marginalismo geográfico, y lo empeora, el marginalismo urbano, la tremenda concentración alrededor de las grandes ciudades, que lejos de menguar con el tiempo, se va agudizando. Además de los problemas de saneamiento ambiental ya citados, surgen otros muchos, sobre los cuales no hemos de insistir en esta ocasión, por ejemplo: los problemas de urbanización y marginalidad.

Nos permitiremos añadir, solamente, que no se puede considerar estos problemas derivados del marginalismo como resultado y consecuencia del problema anteriormente descrito, cual es el crecimiento rápido de la población. Las poblaciones marginales de nuestras grandes ciudades, no provienen de la proliferación desordenada de habitantes instalados inicialmente en los suburbios. Estas poblaciones vienen de las zonas rurales. La marejada del éxodo campesino las ha depositado allí, como aluvión, a la orilla de las grandes urbes.

Tampoco es lícito pensar que esas masas campesinas y los habitantes de las pequeñas aglomeraciones "del interior" de "la provincia", el pequeño detallista sin clientela, el artesano de producción caduca, el adolescente sin oficio, sin porvenir ni perspectiva, llegaron atraídos irresistiblemente por el señuelo refulgente y multicolor de la gran ciudad. Algunos, ciertamente, porque comenzaron a contar algo menos con la Providencia y creer algo más en el Progreso, llegaron a la ciudad que todo lo tenía: fuentes de trabajo, posibilidades de culturización, servicios médico-asistenciales, lugares de recreación, el confort del siglo XX, animosos y confiados. Pero, para muchos, el éxodo del terruño fue una dolorosa decisión, llena de temores y angustias. Porque no salían de su tierra: los expulsaba su tierra. Los expulsaban las medievales relaciones de producción imperantes en el campo, la feudal estructura económica y su cortejo de servidumbre, miseria, ignorancia, calamidades.

Hace unos veinte años, el profesor Pessoa, médico tropicalista brasileño, definía más o menos así al campesino de su tierra: "Un hombre malnutrido y malhumorado, en una casa que así se llama por escasez de sinonimia, con una mujer avejentada y agotada por los repetidos embarazos, con niños roídos de verminosis, y que busca cada fin de semana en el alcohol la dosis de felicidad a la cual todo ser humano tiene derecho". Este campesino -muy distinto del bucólico y alegre individuo que algunos pintan, pero muy real- fue el que llegó, y aún llega, a la zona marginal que circunda la gran urbe.

Pronto todos ellos, los esperanzados y los resignados, apeletonados en la jungla de casuchas de tablas, de cartón, de láminas de zinc, disputando el lugar a ratas y alimañas, rodeados de excrementos y desperdicios, sin afecto ni ayuda -nada se comparte porque nada hay- comprendieron que ese soberbio espectáculo que divisaban desde lejos o desde lo alto de sus cerros, el lago de empinados edificios, las imponentes autopistas y avenidas cuajadas de luces, era ajeno, como lo era la tierra natal. Comprobaron que no había, en ese mundo, lugar para ellos.

Pero se quedaron, sin embargo. Las magras oportunidades que la ciudad brinda a quien ninguna calificación ofrece -las tareas provisionales, las horas de lavado y planchado que logran la mujer y la hija, el reparto de periódicos o el ingreso en una pandilla de "guarda-coches" para el mozalbete- junto con la atención médica, aunque deficiente, impersonal, vacía de contenido humano y lejana, la escuela de doble turno donde a veces consiguen cupo los pequeños, todo eso, y de todos modos, es bastante más de lo que brindaba la aldea.

Lejos de familiares y compadres, de la extendida familia campesina que ofrecía al menos cierta seguridad afectiva, les invade a estos recién llegados una sensación de inseguridad total, de temor, una agobiante angustia. La destribulización los ha dejado indefensos.

En estas condiciones, el hombre se acobarda. El, que solía mantener en el campo una unión -legal o concubinaria- bastante estable, piensa que solitario enfrentará mejor la situación. Su compañera abandonada busca entonces, enrededor, el hombre que sustituya al que huyó y sepa, además de compañero, ser padre. Después de una inactividad reproductora más o menos corta, vuelve a engendrar de sucesivas y efímeras uniones. Las hijas, en esa promiscuidad donde todo se ve, se oye y se imita, no tardan en ser madres, si un oportuno aborto no las libera antes, del feto o de la vida.

El marginalismo no es consecuencia, repetimos, del crecimiento acelerado de la población, sino de una estructura económico-social deficiente y caduca. Dicho esto, no puede negarse, empero, que la desafortunada conducta reproductora de esas poblaciones aluvionarias, mientras no se realice, en ocasión del trabajo, de la actividad política, sindical, de los contactos con los de la ciudad, el lento proceso de urbanización, agrava uno de los más graves problemas de nuestros tiempos.

II. LAS REPERCUSIONES ECONOMICO-SOCIO-CULTURALES

Resulta fácil identificar y describir las características del crecimiento demográfico de Latinoamérica. Mucho menos cómodo es indicar las repercusiones que este crecimiento acelerado pueda tener sobre el desarrollo -o sobre la falta de desarrollo- económico, social y cultural de nuestros países.

La primera dificultad estriba en la ausencia de datos estadísticos que nos puedan orientar en el análisis del problema. Estos datos existen más o menos fidedignos para la época actual, pero no disponemos de ellos para juzgar la situación que se presentaba antes de la expansión demográfica latinoamericana. En esas condiciones, es aventurado establecer una relación de causa a efecto y corremos el peligro de enredarnos en el conocido interrogante del huevo y la gallina. Por otra parte, si existieran esos datos, si pudiéramos discurrir apoyados en bases concretas, y no elucubrar de manera abstracta, no existiría probablemente esa disparidad de opiniones. Todos, salvo algunos recalcitrantes embotados por su sectarismo, estaríamos de acuerdo sobre un tópico que, en la actualidad, provoca una extrema polarización de las opiniones.

La segunda dificultad, ligada a la anterior, proviene del hecho de que todos -el autor incluido- tenemos tendencia a opinar y juzgar, en este terreno como en muchos otros, de acuerdo con nuestra formación y nuestras opiniones filosóficas y políticas, desdeñando, interpretando o distorsionando a nuestro antojo para adecuarlos a nuestra ideología o -caso menos perdonable- a nuestros intereses inmediatos y personales, cualquier dato científico que pudiera servir para orientarnos en el dédalo de las múltiples opiniones y teorías emitidas al respecto, a menudo tan subjetivas y emocionales como las nuestras.

Nos sentimos, pues, en la incapacidad de analizar las repercusiones que pueda tener el crecimiento de la población sobre el desarrollo de nuestros países, y nos concretaremos a enunciar las principales teorías al respecto. Acompañaremos esta exposición de alguna que otra apreciación personal que luego cada quien contrastará con la suya para formar su propia opinión.

En efecto, los trabajadores, los líderes sindicales, deben tener su propia opinión sobre el tema que debatimos. Y no solamente para conocer sus responsabilidades como jefe de familia, sino también para hacerle frente a sus responsabilidades de dirigentes obreros. En una publicación de las Naciones Unidas,^{4/} se lee lo siguiente: "Las funciones ocupacionales que deben desempeñarse en el curso del desarrollo -que van desde las de dirigente de la política pública a las del obrero fabril y pequeño agricultor- comienzan también a analizarse en relación con la estructura social. En general, se reconoce que, hasta el momento, las personas que puedan desempeñar algunas de las funciones principales son insuficientes en número y deficientes en cuanto a preparación formal y motivación". Y, en el mismo capítulo: "Las masas populares modifican o abandonan sus modos tradicionales de vida y toman conciencia, agresivamente, del abismo que media entre sus "derechos sociales" y el lugar que efectivamente ocupan en la sociedad".

Nosotros estamos de acuerdo con ese texto. Esas masas han de imponer sus "derechos sociales" y sus líderes han de prepararse para desempeñar a cabalidad las "funciones principales" que les reserva el porvenir.

4/ "Informe sobre la situación social en el mundo", 1963, Capítulo XI: El desarrollo social en América Latina. Por el Departamento de Asuntos Económicos y Sociales. ONU, 1964.

1. ¿Qué entendemos por desarrollo y por subdesarrollo?

Aquí cabe una advertencia previa: no vamos a tratar separadamente el desarrollo -o el subdesarrollo- económico, el desarrollo social, el desarrollo cultural. Todos estos "desarrollos" son uno solo, con diversos aspectos. Lo económico, lo social y lo cultural están íntimamente ligados por múltiples interacciones y resulta artificioso e inoperante intentar abordar cada faceta del proceso por separado. Hablaremos, pues, del "desarrollo", o del "subdesarrollo"; sin adjetivos.

Si, por "desarrollo" se entiende, para decirlo con Rostow: "Un estado de madurez económica en que una sociedad aplica eficazmente, a la totalidad de los recursos, todo lo que permita la tecnología moderna del momento", podemos asegurar que ningún país del orbe puede proclamarse desarrollado. Y menos aún grandes regiones dentro de los países llamados desarrollados. Sin embargo, existen diferencias evidentes entre los niveles de vida -consecuencia de esa "aplicación de la tecnología a los recursos"- de unos países y los niveles de vida de otros países. Unas naciones -si observamos cada una de ellas en su conjunto- gozan de cierta prosperidad, medida con los múltiples indicadores ya familiares a todos, y van mejorando rápida o paulatinamente las condiciones de existencia de sus habitantes. Otras, de acuerdo con la ley del pauperismo que actúa tanto dentro de las capas sociales de un país como entre los componentes del mundo capitalista, se quedan atrás y ven alejarse cada día más y más, en la carrera hacia el bienestar y la abundancia, aquéllas que, en su mayoría, tanto han sabido quitarles y tan poco han querido dar.

Los pueblos que forman en la retaguardia del avance hacia el progreso, los "subdesarrollados", no están todos en la misma línea. A su vez unos están muy atrás, y algunos no tanto, aunque también para éstos aumenta la distancia que los separa de los desarrollados. Consideremos con Raymond Barre^{5/} las características típicas de un país subdesarrollado, las cuales son:

- 1.1. En los aspectos económicos: una estructura primaria (actividades agrícolas y mineras) con producción especializada en uno o dos productos agrícolas o mineros de exportación, y escasa elaboración de productos de transformación (industriales). Y, a la par, una estructura dual,

^{5/} Barre, Raymond: "El desarrollo económico", Fondo de Cultura Económica, México, 1962.

precapitalista y artesanal de tipo aldeano por una parte, y capitalista, fundamentalmente de origen extranjero con aporte local satélite, por la otra. En consecuencia, ha de caracterizarse por la inestabilidad (fluctuaciones de producción y de precios), y la dependencia del capital extranjero, no sólo en el plan económico, sino también en el político y social.

Esta situación tiende a equilibrarse, el subdesarrollo a perpetuarse, porque la estructura descrita no permite el ahorro, o sea la formación de capital que --en el caso negado de que pudiera acumularse-- tampoco tendría donde emplearse a consecuencia de la escasísima demanda de consumo interior, medida esta no en términos demográficos (número de habitantes) sino en términos económicos (poder adquisitivo). El modesto capital privado que logran acumular los satélites de los inversionistas extranjeros sale del país buscando lugares más seguros, o se invierte localmente en obras suntuarias no reproductivas. Se completa así el llamado "círculo vicioso de la pobreza", del que difícilmente, sin hondos cambios estructurales, puede zafarse el país subdesarrollado.

1.2. En los aspectos sociales, se caracteriza por una estructura política de tipo feudal, o de tipo burgués inestable a consecuencia de la estratificación social bipolar: a un extremo una oligarquía rica que extrae de sus grupos de presión los altos funcionarios del Estado, y a la otra punta, la masa paupérrima, desnutrida e ignorante, pero de combatividad creciente. Entre éstos, una clase media de escaso peso específico, aunque variable éste según el grado de subdesarrollo. Y, característica del todo, muy poca movilidad social entre estratos bien delimitados y diferentes en todos los aspectos sociales: demográficos, sanitarios, nutricionales, educativos y recreativos.

Este cuadro, del país subdesarrollado "tipo", trazado hace una década por Barre, va cambiando, más que en sus características económicas, en las sociales, pero es aún válido.

2. Relaciones entre población y desarrollo

Demos primero una ojeada al pasado, antes de enfocar los tiempos presentes,

Sin remontarnos a los tiempos antiguos, ni preocuparnos de lo que pensaban Platón, Aristóteles o Suetonio de las ventajas o inconvenientes de una población numerosa, podemos adelantar que durante toda la Edad Media como en la Época Moderna hasta fines del siglo XVII y salvo contadísimas excepciones (Botero, Cantillon), nadie ponía en duda los beneficios que derivaba cualquier país del crecimiento de su población. Las teorías económicas que afloraron en esos tiempos así lo proclamaban. Y también los hechos, que mostraban a una Francia, para entonces la nación más poblada, llenando la escena política, militar y cultural europea frente a una España que, contrariamente a lo esperado cuando llegó a dominar el Nuevo Mundo, comenzaba su decadencia porque había "cambiado a sus hombres por metales".

Cuando, a fines del XVII y comienzos del XVIII, los ingleses Malthus -oponiendo el crecimiento geométrico de la población al aritmético de la producción- y luego Ricardo -con su teoría del rendimiento decreciente de las tierras marginales-, alertaban a sus conciudadanos de los peligros de la superpoblación, nadie los creyó. En Inglaterra, los economistas siguieron fieles a su maestro Adam Smith que estimaba necesario el crecimiento de la población para lograr un buen desarrollo económico, y en Francia Proudhon contestaba a Malthus, quien ya decía que sobraban hombres sobre la tierra, que sólo sobraba un hombre, y ese era precisamente Malthus. De hecho, los avances tecnológicos echaron por tierra los augurios pesimistas del fraile inglés.

Pasó el siglo XIX, y hasta mediados del presente, siguió pensando todo el mundo que la prosperidad iba de la mano con el crecimiento de la población. Así lo creyeron también los estadistas latinoamericanos y la nación donde se aplicó el lema "gobernar es poblar" lució como la más próspera del continente.

Unos grupos, políticos y confesionales, y algunos individuos aislados habían luchado durante todo ese lapso, y seguían luchando, en la Europa Occidental y Nórdica, también en los Estados Unidos, a favor de la planificación familiar; pero, como tendremos ocasión de verlo, no actuaron impulsados por consideraciones económicas o de economía política, sino por preocupaciones humanísticas y sociales.

Mas, cuando comenzó a evidenciarse el acelerado proceso del incremento de la población en el Tercer Mundo, volvieron a oirse los gritos de alerta, inspirados unos, en consideraciones de tipo económico y otros, originados por el temor a ese Tercer Mundo que, otrora débil y aletargado, crecía sin cesar, se agigantaba, y comenzaba a despertar. "Unos pueblos no comen, y otros no duermen" dijo Josué de Castro. No duermen, asustados, porque los que no comen son, día a día, más y más numerosos. "Nosotros, americanos, que formamos la nación más rica, somos naturalmente la víctima número uno" exclamó William Vogt^{6/} a mediados del presente siglo, y sus adeptos, los neomaltusianos ya no perseguidos y escarnecidos como lo habían sido los humanistas aludidos antes, sino que protegidos y bien provistos de fondos, comenzaron su acción en gran escala.

Relatar lo que se piensa de las relaciones entre población y desarrollo o de las repercusiones que aquélla pueda tener sobre éste, equivale a exponer los argumentos de los grupos partidarios y de los grupos adversarios del control de los nacimientos. Esta denominación, por cierto, no debe confundirse con la de planificación familiar, pues si en la práctica las acciones parecen converger hacia el mismo fin, los motivos que impulsan esas acciones son totalmente distintos. Ya lo veremos.

2.1. Lo que opinan los neomaltusianos.

"Además de predominar en ellos el hambre y la desnutrición, los países de menor desarrollo relativo tienen en común muchas condiciones, incluso un bajo ingreso por habitante, una tasa de ahorros e inversiones también baja, altas cifras de analfabetismo, una gran parte de la población económicamente efectiva ocupada en la agricultura, un elevado porcentaje de niños desvalidos, baja producción industrial, caminos y comunicaciones pobres y elevada incidencia de enfermedades que minan las fuerzas de los trabajadores. También tienen en común, altas tasas de natalidad".

^{6/} Vogt, William: "Road to survival", 1968. En su traducción francesa titulada: "La faim du monde". Hachette, París, 1950.

Interrumpimos aquí para hacer notar que al autor, J.M. Jones,^{7/} se le olvida mencionar, en este cuadro tipo del subdesarrollo, la característica fundamental cual es: la dependencia del capital financiero extranjero. Pero prosigamos con la cita:

"La natalidad elevada trae consigo una reducción en los ahorros, aumenta la carga de la mera subsistencia con relación al ingreso, produce un alto porcentaje de niños desvalidos, aumenta la carga de proveer educación y otros servicios públicos, aumenta las presiones sobre las tierras y crea la aglomeración, mina la salud y reduce la productividad".

"En los países de menor desarrollo relativo, el progreso económico y social será muy lento, si es acaso posible, en los países donde aumenta la población al ritmo actual".

"De no reducirse esas tasas de aumento de población, se frustrarán sin remedio las esperanzas de una vida mejor".

La preocupación de Vogt por lo que podría suceder a ciertas naciones desarrolladas al crecer desmesuradamente otras subdesarrolladas -preocupación bastante legítima si se toman en cuenta estimaciones de población para América Latina que prevén una población oscilando entre 505 millones (en caso de "crecimiento bajo") y 612 (en el supuesto de "crecimiento medio") para el año 2 000-,^{8/} le llevaba a recomendar: "Deberíamos subordinar nuestra ayuda a la realización de programas nacionales destinados a estabilizar la población por una acción voluntaria de los pueblos".^{9/}

La preocupación de ciertos organismos internacionales ligados a la "ayuda" a los países latinoamericanos, motivada ésta más por razones de tipo económico que, al parecer, por razones de seguridad, hace que coincidan en preconizar los mismos medios de presión que mencionaba Vogt. El reciente discurso de McNamara, presidente del Banco Internacional, donde anuncia la subordinación del otorgamiento de

^{7/} Jones, Joseph Marion: "La sobrepoblación: ¿Significa pobreza?. Center for International Economic Growth, Washington, 1962.

^{8/} Miró, Carmen A.: Op. cit.

^{9/} Vogt, William: Op. cit.

créditos al desarrollo de programas locales de control de la natalidad, es un buen ejemplo de ello.

El que "presta" y "ayuda" (no viene ahora el caso discutir si esa "ayuda" cumple o no sus funciones), tiene el derecho de poner condiciones y de indagar el destino y eficacia de su intervención, sin duda. Por algo decía un célebre estadista latinoamericano: "El que recibe préstamos en una mano, cede soberanía con la otra". Y también es lícito esperar ciertas protestas y reacciones de parte de los ayudados. Cuando la Segunda Conferencia General del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), reunida en septiembre del 68, en sus conclusiones, denuncia "toda la política fundada en un control indiscriminado de nacimientos, es decir, a cualquier precio y de cualquier manera, sobre todo cuando tal control aparece como condición para prestar ayudas económicas", muchísimos latinoamericanos, y no solamente los católicos, están de acuerdo con los obispos, al menos, en lo último expresado.

Los neomaltusianos, en resumen, no llegan a pretender que el alto incremento de la población es causa del subdesarrollo -pues, en caso contrario, cabría preguntarles cuál era la causa de este subdesarrollo antes que comenzara aquel alto incremento-, pero sí afirman que ambos fenómenos van unidos y que no se logrará salir del subdesarrollo sin actuar sobre la expansión demográfica. Para lo cual, ya que no se trata de aumentar las defunciones, solo queda el recurso de frenar los nacimientos.

2.2. Lo que opinan los adversarios de la tesis económica de los neomaltusianos.

Los adversarios de la tesis neomaltusiana son de origen muy heteróclito, aunque numeroso. Los encontramos en diversos estratos sociales que van desde los grupos representativos de la llamada burguesía nacional hasta -con distinta motivación y distintos argumentos- los representantes de las organizaciones populares.

Por ser más "económicamente puro", y menos influido por consideraciones de otra índole, citaremos a un conspicuo representante de esa burguesía nacional, cuyos intereses se contraponen, hasta cierto punto,

con los de la burguesía importadora o exportadora, intermediaria de los capitalistas monopolistas extranjeros. Carrillo Batalla,^{10/} economista venezolano y ex-Ministro de Hacienda de su país, escribe lo siguiente: "Si no se ha iniciado el proceso de desarrollo, el crecimiento demográfico hará crecer el ritmo de consumo más que el de ingreso y, en consecuencia, el margen para la formación de ahorros decrecerá, y se estará impidiendo el proceso de inversión y con él el de desarrollo". Pero luego añade: "Una vez iniciado el proceso de desarrollo, de crecimiento del ingreso, el crecimiento de la población facilita el crecimiento del consumo, pero como el ritmo de crecimiento de este es menor que el del ingreso, se va produciendo un margen creciente de ahorros que proporcionará los recursos financieros para el proceso de inversión. En consecuencia, si se efectúa el proceso de inversión se podrá continuar el de desarrollo económico y éste se vigorizará en la medida que crezca la población".

Como podemos apreciar, Carrillo Batalla, portavoz del parecer de la burguesía nacional, enfoca fundamentalmente el punto de partida. Una economía primitiva no se beneficiará, por lo contrario se perjudicará, de un crecimiento demográfico acelerado; pero una economía que haya iniciado el "arranque", aunque se considere aún subdesarrollada, se beneficiará del crecimiento acelerado de la población que presionará sobre la producción al aumentar la demanda, y se perjudicaría si el ritmo de crecimiento se deteriorara y menguara.

Los defensores de esta tesis no se contentan, claro está, con enfocar el aspecto demográfico del problema del desarrollo y, a la par que desean un aumento substancial de población abogan por una agricultura menos medieval, critican el régimen inapropiado de la tenencia de la tierra, la carencia de estudios serios sobre los suelos, los cultivos, los precios de los productos agrícolas, lamentan la hipertrofia del sector terciario (los funcionarios, el aparato estatal), los gastos no reproductivos de los gobiernos, la escasa inversión tanto en el sector público como, por falta de ahorro, del sector privado, e incitan a un dinamismo empresarial mayor de todos los

^{10/} Carrillo Batalla, Tomás Enrique: "Población y desarrollo económico", Banco Central de Venezuela, Caracas, 1967.

sectores. En suma, la tesis Keynesiana, la que llevó a Hansen,^{11/} su representante más notorio en Norteamérica, a culpar entre las causas de la depresión de 1929, de aquel "viernes negro", al "descenso de la tasa de natalidad y las restricciones a la inmigración, que frenaron las posibilidades de inversión". Punto de vista que comparte Raymond Barre, cuando proclama: "La presión demográfica fuerza el progreso".

En resumen, los adversarios de los neomaltusianos le dan a éstos la razón en el caso de una economía primitiva, con predominio del sector primario agrícola, aislada, sin nexos económicos -intercambios- con otros países. Y condenan la tesis neomaltusiana, acusándola de fatalista y pesimista, cuando se trata de aplicarla a una economía en vía de desarrollo, donde se ha iniciado el proceso de industrialización y que ha logrado asomarse al mercado internacional, aunque de manera incipiente.

2.3. Argumentos intercambiables e intercambiados.

En la discusión planteada desde hace unos cuantos años entre partidarios y adversarios del control de natalidad, según su posición frente al papel del crecimiento demográfico en el proceso de desarrollo, a falta de datos concretos, abundan argumentos cuya imprecisión permite su empleo alternativamente por uno y otro bando. Veamos algunos:

a) Los ejemplos del pasado y del presente

Algunos adversarios de la limitación de los nacimientos aducen que los países actualmente desarrollados presentaban, a la fecha de su respectivo "arranque" industrial, o sea cuando iniciaron el proceso que las llevó al desarrollo, estructuras de población muy similares a las que presentan actualmente los países subdesarrollados, donde predominan los grupos jóvenes.

Este argumento tiene un alcance muy limitado, pues resulta fácil neutralizarlo recordando que, si ciertamente la natalidad de los ahora desarrollados era muy similar a la latinoamericana -y en consecuencia su estructura-, no ocurría lo mismo con la mortalidad, entonces tres veces más elevada en esos países. Por otra parte, ellos

^{11/} Hansen, A.H.: "Progreso económico y población declinante", 1939.

tenían la "válvula de escape" de la emigración --importantísima en lo que concierne a Inglaterra-- y, fundamentalmente, se trataba de naciones que dominaban y explotaban los recursos de otras, mientras que las nuestras están en la situación inversa.

Los neomaltusianos no dejan de oponer la paupérrima y superdesarrollada India, u otros países asiáticos, a las prósperas naciones con densidades de población muy inferiores. Sus adversarios, entonces, recuerdan la densa población holandesa, de nivel de vida bastante envidiable. Oponen, a su vez, la pobre y despoblada Irlanda, a pesar de sus ricas tierras, a la opulenta Dinamarca, de menor tamaño y condiciones naturales menos favorables, pero densamente poblada.

En este juego de comparaciones, que podría prolongarse bastante sin convencer a nadie, poco se demuestra.

b) Los espacios vacíos, la falacia de la densidad

"Tenemos grandes espacios vacíos, la densidad de nuestra población es baja, podemos albergar el doble o el triple de los actuales habitantes en nuestro territorio". A menudo se oyen en boca de adversarios de la limitación de nacimientos esas expresiones que sólo encierran una verdad relativa.

Ciertamente queda aún mucho espacio inhabitado, o habitado de manera muy rala, en Latinoamérica. Pero gran parte de ese espacio no tiene condiciones favorables para la vida humana.

Sorre opone al "Oekumene", al medio propio a la vida permanente de las colectividades humanas, las enormes franjas despobladas del globo, o bien pobladas por pequeños grupos de vida precaria y por otros que no permanecen constante, sino temporalmente en ellas. Esas franjas son dominio del frío, de la aridez, de las concurrencias vitales;^{12/} es decir, las regiones árticas y subárticas, los desiertos, y la zona ecuatorial donde el calor y la humedad estimulan el desarrollo de una fauna y una flora que obstaculizan la vida humana. Pues bien, Latinoamérica presenta esos tres obstáculos en su territorio.

^{12/} Véase, Pierre George: "La géographie de la population", P.V.F., París, 1965.

Además, a consecuencia de las deforestaciones masivas sin plan ni control y de la funesta costumbre, muy extendida en las zonas rurales de algunos países nuestros, de quemar la vegetación anualmente antes de la siembra, grandes superficies otrora fértiles presentan ahora el desolado aspecto de una tierra erosionada y definitivamente árida.

El régimen de lluvias, sequía intensa medio año e inundaciones el otro medio, y los tumultuosos ríos que se desbordan y por meses ocupan sabanas y pampas, no facilitan el proceso de colonización. Solamente podría pensarse en poblar esas extensas cuencas de los grandes ríos latinoamericanos después de realizar colosales obras de ingeniería que nuestras débiles y mediatizadas economías no están en capacidad de soportar.

2.4. Las posiciones ideológicas

La economía es la base del desarrollo, pero no es solamente ella "el desarrollo". También participa en el proceso toda la supraestructura que se levanta sobre la base de las relaciones de producción, la estructura social, las ideas, las organizaciones políticas, sindicales, religiosas, etc. Los argumentos económicos no son, en consecuencia, los únicos que intervienen para adoptar posiciones frente al problema del crecimiento de población y sus repercusiones sobre el desarrollo en la América Latina. También entran en juego consideraciones de otro tipo, en consonancia con la ideología de los grupos mayoritarios en nuestras sociedades. Veamos la posición de éstos:

a) La Iglesia Católica

Tradicionalmente opuesta a toda limitación de la natalidad que no fuera a consecuencia de la abstinencia sexual, la Iglesia no ha variado su posición doctrinaria, a pesar de los "indicios de cambio" que habían creído ver en la Encíclica "Populorum Progresio" los partidarios de la anticoncepción, cuando en ella Pablo VI habla del derecho de los padres a decidir el número de los hijos. Pero, en realidad, entonces, como después en esta otra Encíclica "Humanae Vitae", la máxima autoridad de la Iglesia solo aludía, en cuanto a medidas anticonceptivas, a la abstinencia temporal recomendada en

el método llamado de Knaus-Ogino. Pablo VI sigue la línea de Juan XXIII ("La verdadera solución se halla en el desarrollo económico y social"), y de sus predecesores cuando se pronuncia en la *Humanae Vitae* diciendo: "Trátase, en efecto, no de suprimir los comensales, sino de multiplicar el pan".

Pero no todo, en la Iglesia Católica, está como decía el Panurgo de Voltaire "de lo mejor en el mejor de los mundos posibles", y la "*Humanae Vitae*" ha causado en el clero, principalmente en el bajo clero, y en la feligresía, un revuelo notable.

El alto clero, con excepciones (la del Cardenal Delpfner en Alemania, del Cardenal Alfrinck en Holanda, por ejemplo), acata la decisión papal. A juicio nuestro, con algunos perceptibles titubeos, sin embargo. Es así como se puede leer, en las declaraciones del CELAM (Consejo Episcopal Latinoamericano), por una parte: "La mayoría de nuestros países adolece de subpoblación y necesita aumento demográfico como factor de desarrollo", y, a renglón seguido: "También es cierto que las condiciones socio-económicas-culturales excesivamente bajas se muestran adversas a un crecimiento demográfico pronunciado".

Es el bajo clero, en múltiples lugares, el que muestra su disconformidad con la Encíclica. Ya, anteriormente, algunos jesuitas habían defendido la tesis del "mal menor", representado por el uso de anticonceptivos, frente al "mal mayor", el aborto provocado. En Washington intervino la Asociación de Curas a favor del sacerdote O'Donoghue, objeto de una sanción disciplinaria cardenalicia por haber criticado públicamente la Encíclica. Manifestaciones similares se realizaron en otras partes. Y en cuanto a los feligreses, valga esta muestra: los representantes de los Seglares Católicos de Alemania, reunidos en Essen el pasado año en septiembre, pidieron por 3 000 votos contra 90 y 58 abstenciones la revisión de la "*Humanae Vitae*". Pero como estimo que carezco del conocimiento y autoridad necesarios para tratar a fondo este punto no nos extenderemos más acerca de él.

b) Los marxistas

Cuando Carlos Marx y Federico Engels estructuraron su doctrina, tuvieron sumo cuidado en advertir: "No es un dogma, sino un guía para la acción". No puede ser dogma intangible e inmutable una doctrina dialéctica que asienta, en sus leyes fundamentales: todo cambia, todo fluye, todo se relaciona, que desprecia lo abstracto y reclama en todo análisis el estudio de la realidad, en un tiempo y lugar definidos, bajo circunstancias concretas. La posición marxista frente a cualquier problema tiene que ceñirse, en consecuencia, a lo que muestre un análisis dialéctico de la situación en cada país y en un momento determinado. Fijar una posición frente a una realidad concreta y de acuerdo al cuadro doctrinario, no es "interpretar" la doctrina. Pero como los marxistas tienen recuerdos amargos de ciertas "interpretaciones" -entiéndase adulteraciones- del marxismo antaño y hogaño, se vuelven muy prudentes en este terreno. Y más cuando se ven en la tesitura de adoptar posiciones que coincidirían, aunque por razones muy diferentes, con las del adversario.

Esto nos recuerda una anécdota, muy conocida, que se refiere al marxista Augusto Bebel, diputado al Congreso alemán en tiempos de Bismarck. Intervenia Bebel en la tribuna del Reichstag cuando, de pronto, cortó bruscamente su discurso al advertir los unánimes aplausos en el hemiciclo, y exclamó: "Qué idiotez has dicho, viejo Bebel, que el enemigo te aplaude". Nuestros marxistas se resisten a encontrarse en la posición de Bebel, a coincidir en algo con representantes de Fundaciones y organismos que, para ellos, representan a lo más granado del imperialismo norteamericano.

Y, sin embargo...

Comenzó la Fundación Rockefeller, en la segunda década del siglo, a interesarse más y más por las condiciones sanitarias de Venezuela, a dar fondos y asistencia técnica para luchar contra el paludismo, las parasitosis y otros flagelos que diezaban la población. Por otra parte, en la misma época (1922), había reventado a orillas del Lago Maracaibo el poderosísimo chorro de "Barrosos N° 2", el de los cien mil barriles diarios de petróleo, y la Standard de New Jersey

tenía interés en sanear el medio donde inauguraba actividades con tan bellas perspectivas. ¿Hubiera sido juicioso oponerse entonces a la ayuda de la Rockefeller porque coincidía ésta con los intereses de la Standard? También coincidía, sin duda, con los intereses de las masas venezolanas que padecían esa malaria tan mortífera que, por no dar tiempo a gastos de médicos y medicamentos, llamaban "la económica".

Otro aspecto que molesta a los marxistas, y también a muchos grupos progresistas, deriva de los desacertados argumentos esgrimidos por los partidarios de la contracepción, que la presentan como la panacea universal con la cual se remediarán todos nuestros males. La escasez de recursos educativos, de viviendas, el desempleo, la delincuencia juvenil y muchas otras plagas desaparecerían como por encanto con el control de nacimientos. La incapacidad y la corrupción administrativas, el favoritismo, el carácter clasista de la política adelantada por nuestros gobiernos, cualquiera que sea su origen, quedan así enmascarados por la cortina de humo de la expansión demográfica, y el control de nacimientos es un buen recurso para poder evitar la aplicación de medidas de otro tipo, más eficaces y necesarias.

A unos cuantos, estas consideraciones les hace perder la perspectiva, la visión de conjunto.

El ejemplo de los países socialistas podría, sin embargo, aclararles el entendimiento. En todos estos países, sin excepción, se realizan actividades de planificación familiar, se da a las mujeres que lo solicitan los medios para no concebir hijos. Y en los países donde estas actividades anticonceptivas no se extienden, es porque existe el aborto legal y se actúa no ya antes de la concepción, sino en la gestación, después de aquélla. En la Unión Soviética, por ejemplo: "Cada mujer está en libertad de decidir, sin interferencia alguna por parte del Estado, si tiene un hijo o no".^{13/} Lo mismo ocurre en Cuba, y también en la República Popular de China.

^{13/} Declaraciones de Sadvokasova, delegada soviética, a la Conferencia de Belgrado sobre Población Mundial, 1965.

Muchos marxistas, sin embargo, no necesitan los ejemplos venidos de fuera, ni se dejan influir por las circunstancias que los coloca en "compañía no grata". Recordando que fueron grupos de la extrema-izquierda los primeros en preocuparse, con sentido humanístico, de los problemas ligados a la procreación, piensan que consideraciones de justicia social deben predominar sobre cualquier otra. Y, dentro de la justicia social está la igualdad de educación y la igualdad en el acceso a los medios que proporciona la ciencia actual.

De este movimiento, que llamaremos humanístico, y para terminar, pasamos a ocuparnos ahora, porque, aunque esto nos aleje aparentemente del estudio de las interacciones entre el incremento de la población y el desarrollo, creemos firmemente que todos nuestros pensamientos, nuestros estudios y nuestras acciones deben tener, fuera de toda enajenación intelectual y de toda preocupación egoísta, una sola meta, cual es la de contribuir al mayor bienestar físico, mental y social —es decir, a la mayor felicidad— de todos los humanos.

3. Los humanistas

Los países conceptuados como desarrollados tienen una natalidad baja. Empezaron en distintos momentos, esa etapa de fecundidad decreciente llamada de transición demográfica que los llevó a su actual situación demográfica de escaso crecimiento natural. Multitud de textos, con profusión de fechas, cuadros estadísticos y gráficos, nos muestran cuándo comenzó en cada país esa transición, y cuánto tardó en completarse.

Pero no se habla tanto de cómo se logró esa transición demográfica. Tanto es así que se llegó a pensar en ella, con esa facultad de abstracción que brindan las cifras, como en algo estupendo y un tanto mágico que les llegó a las naciones más desarrolladas en recompensa a su cultura, su laboriosidad, su refinada civilización. Se oyen frases de este tipo: "No se deben realizar ahora programas de planificación familiar, sino contar con la transición demográfica. Demos cultura y bienestar a nuestros pueblos, y en éstos se verificará entonces la transición demográfica como se observó en los pueblos más cultos y de mayor bienestar".

Frente a la confusión mental que implican estas expresiones, cabe discutir un poco sobre la manera como se verificó esa transición demográfica.

Si descartamos algunas variables que influyen sobre la fecundidad, tales, por ejemplo, la edad al casarse o el porcentaje de soltería que no explican por sí solas el proceso que se inició cuando tenían aún menor importancia, y si pensamos que no existen razones suficientes para achacar la baja natalidad a una pérdida de virilidad por parte de europeos y de norteamericanos, llegamos forzosamente a identificar las maniobras antinatalistas como responsables del descenso de la natalidad en los países adelantados. Y estamos, por supuesto, en lo cierto. El condón, que apareció en los prostíbulos en el siglo XVIII, pasó a las alcobas matrimoniales donde rivalizó con una práctica anticonceptiva mucho más vieja: el acto sexual interrumpido popularizado por Onan. Estos medios, generadores de frustraciones en ambos sexos y de frigidez en el femenino, tenían, además del aludido, el inconveniente de su escasa eficacia. Por lo cual, el recurso más utilizado fue -y sigue siendo- el aborto provocado.

A pesar de los graves riesgos -entre los cuales el menor fue el judicial- que acompañan la práctica del aborto, ésta se extendió de manera extraordinaria. En Francia, el país que inició la transición demográfica, se efectuaban año tras año multitud de abortos. Un cálculo conservador señala la cifra de 600 000 abortos provocados -contra algo más de medio millón de nacimientos- en el año 1938. Y en el año 1943, la tercera parte de las mujeres que fallecieron, según señalaron las correspondientes autopsias, habían sufrido maniobras abortivas. Los que frecuentaron, como el autor, durante años los hospitales de la capital francesa, saben de esas largas filas de mujeres de todas las edades que esperaban, temblorosas, extenuadas y sangrantes, la intervención quirúrgica que completaría lo que había iniciado la sonda clandestina. Muchas no regresarían a sus hogares. Se alineaban en la morgue los cuerpos, el de la joven seducida junto al de la madre cuyos niños esperarían en vano, tal vez sin entender nunca que se había sacrificado con la esperanza de poder concentrar en ellos pocos, y no diluir en muchos, su protección, solicitud y cariño.

El mismo cuadro se repetía, día tras día, en los hospitales de París, en los hospitales de la provincia francesa, en los de Londres, en los de toda Inglaterra, en los de Alemania, en todos en los que actuaba la transición demográfica. Y se repite en nuestros países donde se observa, o comienza a observarse, la transición demográfica.

Este horroroso cuadro no era percibido tan sólo por los médicos o los aprendices de médico. Los individuos más conscientes, y más libres de inhibiciones o prejuicios, comenzaron a tomar una posición y a moverse. En los países anglosajones, el ejemplo de Francis Place que a comienzos del pasado siglo, desafiando persecuciones y escarnios, clamaba a favor de la planificación familiar, no se perdió. Paulatinamente, fue ganando adeptos, unos pocos primero, muchos más después. Entre 1890 y 1920, el movimiento se extendió por todos los países protestantes del norte europeo. En 1930, el pronunciamiento favorable de la Asamblea de Obispos de la Iglesia Anglicana le daba vía libre.

Pasó a los Estados Unidos donde luchaba, impulsada por sus convicciones humanitarias, la "indomable pelirroja", Margaret Sanger, desde comienzos de siglo. Margaret Sanger, también ella, tuvo que aguantar encarcelamientos y exilios, lo que equivale a decir que nada tuvo que ver con intereses monopolistas de su tierra.

En Francia mientras tanto, también en Alemania, el movimiento a favor de la maternidad voluntaria y consciente había sido impulsado por militantes de la extrema izquierda, parisienses que "habían querido tomar el cielo por asalto" y habían sobrevivido a las masacres que siguieron al levantamiento de la Comuna. Se llegó a realizar en París un Congreso en el año 1900, pero pronto las circunstancias políticas paralizaron su desarrollo. Se vieron en minoría en el Congreso Marxista de Berlín de 1913 y se acallaron las consignas "Tu cuerpo es tuyo", "Huelga de los vientres", "No más carne de cañón", cuando precisamente éstos comenzaron a tronar en los campos de batalla europeos.

Prosiguió la lucha después de las hostilidades. En 1955, la doctora Andrea Lagrova atacaba la ley de 1920 que prohibía la propaganda anticonceptiva y castigaba con severidad el aborto. Otros muchos, venidos de todos los horizontes políticos, la acompañaron hasta la victoria final, el pasado año.

Esos horrores descritos antes van cediendo ante el progreso de los medios anticonceptivos en los países adelantados gracias a la tenacidad de los Place, Broca, Zola, Margueritte, Sanger, Sartre, Lagrova, la capacidad de los Pincus y otros investigadores, y la voluntad de una legión de humanistas que quieren acabar con la esclavitud del sexo y darle a la ciencia la oportunidad en este terreno, como la tiene en muchos otros, de dominar a la Naturaleza.

Augusto Bebel, de quien citábamos una anécdota, decía: "El proletariado y la mujer son ambos oprimidos". Ahora, el viejo Bebel, si pudiera verlo, estaría satisfecho con el cambio ocurrido.

Ya que transición demográfica hemos de tener fatalmente, si progresamos y nos desarrollamos, en nosotros está seguir viendo esa transición como la vieron los europeos, o verla a través de la planificación voluntaria de la familia donde cada quien tenga la libertad, y la posibilidad sin peligro, de procrear los hijos que desee y cuando lo desee. Concluiremos con Sauvy: "Mientras la sociedad le niegue (a la pareja) esa situación, será inútil hablar de libertad y de democracia, pues las familias no podrán cumplir su pleno desarrollo según su voluntad".

